EL PRESO POR AMOR,

Ó

EL REAL ENCUENTRO.

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS.

REPRESENTADA POR LA COMPAÑIA DE LUIS NAVARRO EL DIA 14 DE OCTUBRE EN CELEBRIDAD DE LOS AÑOS DEL PRÍNCIPE NTRO SR. (QUE DIOS GUARDE.)

SU AUTOR DON ANTONIO VALLADARES DE SOTOMAYOR.

ACTORES.

Don Leandro de Guzman, Teniente...	Manuel Garcia Parra.
El Conde del Cerro...............	Braulio Hidalgo.
Don Placido, Capitan de uno de los Quarteles de Invalidos..........	Felix de Cubas.
El Marqués del Roble, Padre de Don Leandro.........................	Antonio Soto.
Un Oficial........................	Josef Rojo.
Aniceto, Padre de...............	Antonio Pinto.
Faustina..........................	Sra. Rita Luna.
Doña Rosa, Hermana del Conde.....	Sra. Rosa Garcia.
Valerio, Criado de Don Leandro....	Josef Garcia.
Andrés, Criado del Marqués......	Mariano Querol.
Un Sargento......................	Juan Codina.
Un Criado de Don Placido........	Pedro de Cubas.
Soldados.	

La Escena se representa en uno de los Quarteles de Invalidos de esta Corte.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa una Sala sin adorno, que dá paso á una prision, cuya puerta estará á la izquierda con grueso cerrojo y llave natural. En medio del fondo otra puerta grande, que es la entrada á la habitacion de D. Placido. Esta puerta será de dos hojas grandes con vidrieras para manifestar el interior de una Sala adornada con primor, teniendo á la vista dos grandes Cornucopias con velas, que se encenderán á su tiempo. Á la derecha estará la puerta de la entrada principal. Algunas sillas repartidas sin orden, ocuparán el centro.

Delante de la puerta de la prision se paseará lentamente un Centinela con su arma al hombro. Salen quatro Soldados con las suyas del mismo modo por la puerta

de

de la derecha, dirigidos por el Sargento, que traherá su fusil terciado. Se dirigirá este con uno de aquellos al Centinela para mudarle. Los tres quedarán formados en el fondo de la Escena.

Sarg. Centinela, dé Vmd. la órden
al que ha de ocupar su puesto.
Da el que sale al que entra de centinela la orden, que debe observar con las armas presentadas.
¿Queda usted bien enterado
de la orden? Pues el preso
está á su cargo. Ojo alerta.
Nuestro Capitan, bien presto
saldrá de su quarto. Vamos. *Vanse.*
El Centinela se paseará; pero viendo salir por la puerta del fondo á D. Placido acabando de ponerse el espadin, trayendole un criado el sombrero y baston, quedará plantado á su frente.
Plac. Las diez... Si el Conde del Cerro
á verme viniese, dile: *(mira el relox.*
le buscaré en concluyendo
Toma sombrero y baston.
cierta diligencia, que
me ha encargado nuestro preso,
y mi amigo Don Leandro,
por quien hablado le tengo.
Criad. Bien está, Señor. *Vase.*
Plac. Dios quiera
que se cumplan mis deseos!
Caminando á la puerta de la derecha.
En favor de la amistád
lo emprenderé todo... Pero...
Se detiene, reflexiona y vuelve á la Escena.
¿deberé salir de casa
sin dar antes un consuelo
á Leandro con mi vista?
No es facil. Sacad el preso.
Le dá la llave de la prision.
Corre el Centinela el cerrojo, y al ir á abrir la llave, se oye ruido de pasos violentos por la parte interior de la puerta principal, y se detiene.
Pero esperad. Este ruido
¿de qué será?
Dentro Sargento. Deteneos;
Señora... Aguardad, Paysano.
Faustina dentro. Por piedad Sr. Sargento.
Con voz triste.
Plac. Esta es muger afligida.
Dejad que entren.
Despues del medio verso que sigue, que dirá dentro Faustina, sale precipitadamente, caida la mantilla sobre los hombros, y con las mayores demostraciones de sobresalto, se arroja llorando á los pies de D. Placido.
Faust. Justos Cielos,
dadme amparo! Buen Señor,
si es verdad, como lo creo,
que ese adorno militar
al que es digno de traerlo
le inspira acciones brillantes,
grandes y excelentes hechos,
ninguno emprender podeis
de mas gloria y lucimiento,
que amparar á una inocente
Joven.... Me viene siguiendo
mirando á la puerta
una mano vengativa:
la misma crueldad: yo os ruego
con lagrimas....
Plac. Suspendedlas:
no temais. ¿Quién á ofenderos
se atreve, preciosa joven?
Todo mi asilo os prometo.
Nada os acongoje, nada:
que yo haré....
Faustina, que durante estos versos habrá estado manifestando su temor, mirando con frecuencia la puerta por donde salió y viendo que la abren, corre á favorecerse de D. Placido, poniendose á su espalda. Este que vé salir con igual aceleracion á Valerio, saca la espada, se adelanta á recibirlo, y él queda confundido.
Faus. ¡Ay Dios!
Val. Siguiendo
nos viene sin duda.... Más....
Viendo la espada puesta al pecho.
Plac. Si otro paso dais, el pecho
os traspaso.
Val. Señor... Yo...

Plac. Y teneis atrevimiento
de profanar de este sitio
la inmunidad y el respeto!
Centinela.
A esta voz, y seña que le hace, echa el Centinela con prontitud el cerrojo á la puerta. Cala bayoneta, y parte ácia Valerio. Faustina lo observa, y corre á interponerse entre él y D. Placido.
Faus. Señor, ved
que ese es mi fiel guarda...
Plac. Pero...
Retiraos... ¿De quién huis?
El centinela se retira, y él envayna.
Faus. ¡No puedo alentar!
Val. Yo menos,
pues huyendo de un peligro,
vine á dar en mayor riesgo.
Plac. Decid quien os perseguia
y por qué causa? Yo os ruego
me declareis vuestras penas,
ya que tanto os compadezco.
Faust. Yo hice en mi patria, Señor,
un delito: le confieso,
y que mientras viva, de él
arrepentirme no espero.
Plac. Pues ese será un delito
muy peregrino, supuesto
que le conoceis, y no
produce arrepentimiento.
Sepamos qual es.
Faust. Señor....
amar.
Plac. ¿Amar? Pues yo creo
que si ese es delito, todos
Señora, le cometemos.
Val. Eso mismo digo yo.
Plac. Y qué, ¿os persiguen por eso?
Val. Si señor, porque lo amado
es de ilustre nacimiento,
y el de esta Señora, humilde.
Plac. Por lo mismo se halla preso *ap.*
mi amigo Don Leandro allí.
¡Y quánto, quánto lo siento!
Faust. Yo amé, Señor, y amo á un joven,
á quien lo ilustre es lo menos
que le hace recomendable;
pues solo alaba lo ageno
quien celebra á sus pasados,
sino imita sus aciertos.
No del sordido interés
los viles inducimientos,
ni de su cuna los brillos,
explendores, y reflexos,
me animaron á quererle.
Eso queda para aquellos
espíritus tan obscuros,
que sin que de merecerlos
hayan dado pruevas, quieren
con prestados lucimientos,
representar en el mundo
lo que no nació para ellos.
La virtud, la providad,
trato generoso, recto,
y sencillo corazon
de mi dulce amante, fueron
los unicos seductores
(¡y qué amables!) de mi afecto.
Me dió la mano, y palabra
de esposo: ya estaba haciendo
las precisas diligencias,
para que tuviera efecto
nuestro lazo indisoluble,
quando su padre á saberlo
llegó: le encerró en un quarto,
le hizo presente el defecto,
y la mancha que en su sangre
causaría el Himeneo
que solicitaba: airado,
y cruél (porque su genio
feroz, es incomparable)
le puso el duro precepto
de no verme jamás, si
no queria ser exemplo
de hijos viles. Le escuché
mi prudente amante: pero
como era tanto su amor,
respondió humilde y atento,
que debia á su promesa
dar el justo cumplimiento.
Que estaba pronto á sufrir
todo aquel castigo impuesto
por las leyes á un delito
de aquella clase, primero
que faltar á su palabra,
y solemnes juramentos:

y en fin, que él debia ser
de Faustina, esposo y dueño,
que es mi desgraciado nombre.
Plac. Qué es lo que he escuchado, Cielos!
Faustina os llamais? *(ap.*
Faust. Faustina,
si señor.
Plac. Ella es! *ap.*
Faust. Sangriento
y cruel el padre... (ay ¡Dios!)
Plac. Dio su queja al Rey, y preso
trageron á vuestro amante
á la Corte.
Faust. Eso es lo cierto. *sorprendida.*
Plac. Y que es el Marqués del Roble
su padre, ilustre en extremo;
pero en extremo feroz,
altivo, é inhumano.
Faust. Pero
¿cómo eso sabeis, señor?
Plac. Teniente del Regimiento
en que yo fui Capitan,
es Don Leandro, le profeso
una amistad verdadera;
sé su historia, y me intereso
en su bien, como en el mio.
Con que con mas causa ofrezco
serviros en quanto pueda.
¡Qué preciosa es! Yo entiendo,
que es Toledo vuestra patria.
Faust. Negarlo, Señor, no puedo.
Plac. Y cómo á Madrid venisteis?
Sabeis á dónde está preso
Don Leandro? Y quién fué el que
os venia persiguiendo,
que aquí llegasteis temblando?
Faust. Diré, Señor. Por un medio
seguro, me dió Don Leandro
el aviso tan funesto
de que iba á ser conducido
en aquel mismo momento
de orden del Rey, y por queja
de su Padre, á Madrid preso.
Que abandonase la casa
de los mios luego, luego,
porque el suyo pretendia
hazerme triste trofeo,
ó victima de sus iras.
Que fuese á la de Valerio *señalandole*
sigilosamente, el qual,
me tendria sin recelo
oculta en ella diez dias,
y que transcursados estos,
á la Corte me traeria,
y á la casa de Don Pedro
de Piñalazi, cambiante
de letras, rico en extremo:
el que me tendria en ella
con mucho gusto, y sin riesgo;
y que allí me avisaria
de lo que fuese ocurriendo.
Yo obedecí á Don Leandro;
mas no dexé el patrio suelo
hasta que se pasó un mes,
porque penetró Valerio,
que nos tenian tomados
los pasos, con el deseo
de hallarme el Padre de Leandro,
y hacer conmigo un horrendo
sacrificio á su venganza.
En fin, venciendo mi afecto
el temor, y los peligros,
anoche, con el secreto
correspondiente, salimos
de nuestra Patria: sin riesgo
llegando habrá tres horas:
á la casa de Don Pedro
Piñalazi, dirigimos
(por las señas que nos dieron)
nuestros pasos; mas en esta
calle, reparó Valerio
en que un hombre nos seguia
con recatado misterio.
Me lo advirtió, le observamos,
y conocimos que Anselmo
era, criado del Padre
de Leandro, y tan perverso
como aquel. Nos contemplamos
perdidos, si conocernos
conseguia: apresuramos
el paso: él hizo lo mesmo;
llegamos á este Quartel,
corro á esa puerta, el Sargento
me detiene: á vuestra voz
obedece: os hallo, os cuento
mi desdicha: conoceis

á mi amante : él está preso,
é ignoro donde : su amigo
sois : y pues el justo Cielo
me ofrece en vos un amparo
tan respetable : yo espero
de vuestra clemencia, seais
el asilo, el norte, el puerto
de mis penas, pues rendida
os lo suplico, y lo ruego.

Queda un momento consternada de dolor, y despues, arrastrada de unímpetu de ternetza, dice con voz fuerte.

Oh, ¡Dios! Ah Leandro mio!...
Qué será de tí!...

Leand. Qué acento *á la puerta de su prision.*
tan dulce me nombra? Amigo
Placido, por Dios te ruego
que abras mi prision.

A estos versos Don Placido manifestará su sorpresa, Valerio su admiracion, y Faustina que quedó en un profundo abatimiento, luego que oye á Leandro se conmueve, fixa sus ojos á donde suena la voz, y concluida corre á la puerta de la prision. Don Placido la detiene.

Faust. Qué escucho!
El es... Leandro.

Plac. Deteneos,
Señora... Qué vais á hacer?

Val. Este es un encantamiento!

Leand. Faustina!

Faust. Leandro amado!

Leand. Placido!

Faust. Señor... *de rodillas.*

Plac. ¡Qué empeño! *ap. lebantandola.*
Y qué haré?... se han conocido.. *reflexionando.*
Y me suplican.. Sargento.

Sale el Sargento. Señor.

Plac. Nadie me entre aquí
sin avisarme primero. *Vase el Sarg.*
Centinela, retiraos
hasta que os llame.

Llegandoá el, tomando la llave, y señalandole su habitacion, por cuya puerta entrará.

Cent. Obedezco.

Leand. Placido.

Faust. Señor.

Val. Señor:::

Plac. Esto no tiene remedio.

Mientras abre la prision dirá los versos siguientes. Faustina y Valerio, le observarán con eficacia, mirandose alguna vez para comunicarse el gozo que les inflama.

Que le tenga preso aquí, *ap.*
y que de él responder debo,
manda el Rey en su Real órden.
No la quebranto por esto.

Abre la puerta y sale Leandro acelerado, vestido con sencillez, descompuesto el cabello, y pálido el semblante. Exâmina desde la puerta la scena con agitacion : vé á Faustina, corre á ella, y antes de llegar, ésta cae desmayada en los brazos de Valerio. Leandro y Don Placido se ponen á sus lados, y la colocan en una silla.

Leand. Dónde estás, Faustina!...!Ah,
dulce bien mio!

Faust. Yo muero!

Leand. Faustina! Ay Dios! *mirando á Placido.*

Val. Mi Señora.

Plac. Es un desmayo ligero. *despues de observarla.*
Consuelate. Ya en sí vuelve.

Faust. Ay de mi!... Mas yo le veo!...
No me engaño... El es...Leandro!
se levanta precipitadamente.

Leand. Faustina!...A hablar no aciertò

Quedan los dos sorprendidos mirandose

Val. Señora., Amo y dueño mio. *lo mismo*

Plac. Qué espectaculo tan tierno! *ap.*
Pero ¿qué quiere decir
tan debil abatimiento?
¿Es ese acaso, el valor
de un Soldado, de un Guerrero
como tú?

Leand. Y hay quien resista
á un enemigo tan bello?
Pero cómo estas aquí,
amada Faustina? El Cielo
te restituye á mi vista
despues de tan largo tiempo?
¿No logró mi Padre cruel
el esterminio funesto
de tu familia infeliz,
que vengativo, y sobervio
pensaba hacer, despus de
tenerme á mi en ese encierro?

Pero ay Dios! Qué mal indicio
es hallarte aquí, pues creo...
que el rigor... Estás tambien
presa, Faustina!... El tremendo
el impio horror logró
oprimir con duros yerros
á la inocencia: eclipsar
los rayos, puros y tersos
de la virtud, y arancar
su santuario, y su templo
que eres tú, de solo un golpe
barbaro, injusto, y tremendo?
Pero ya tus señas, ya
las de Pl acido y Valerio,
me dicen, que libre estás:
ya respiro con sosiego.
Y qué mucho! si creía
que hubieras sido de un fiero
brazo, victima inocente?
Y no era fuerza creerlo,
faltandome aviso tuyo,
de mi Padre conociendo
la vengadora crueldad,
y no estando tu á su tiempo
en casa de Piñalazi
como esperaba mi afecto?
Pero adorada Faustina
quita mis dudas. Qué es esto?
Por qué benefica mano
estás aquí con Valerio?
Corre el velo á tan amable
confusion.

Faust. Y cómo puedo
abrir mis timidos labios
quando os miro padeciendo
por mi causa tantas penas,
ultrages y sentimientos!
Oh, Dios! Toda mi alma se abre
de dolor, Señor, al veros!
Qué pal do el rostro! Qué
ojos tan tristes! siendo ellos...
Tu, naturaleza sabia
verás al amor paterno
proceder con tal crueldad
sin darte horror! No lo creo.

Sale el Sargento, desde la puerta llama á D. Placido, y en el intermedio que hablan los dos como en secreto, se supone que Faustina instruye á Leandro de lo que desea saber.

Sarg. Mi Capitan.

Plac. Qué se ofrece?

Sarg. Solicita con anhelo
hablar al Señor Don Leandro,
pues sabe que está aquí preso,
un criado de su Padre.

Plac. Criado del Padre?

Sarg. El mesmo
lo dice.

Plac. Dixo su nombre?

Sarg. No señor.

Plac. Id á saberlo. *Vase el Sargento.*
A qué vendrá este hombre?

Leand. Con que
hasta aqui os vino siguiendo?

Val. Si señor.

Leand. Y á Piñalazi
no habeis visto?

Val. No por cierto.

Sale el Sarg. Se llama, Señor, Andres.

Plac. Decidle espere un momento.
Pero antes, oid. *le habla ap.*

Faust. Qué amable,
qué generoso, y atento
es Don Placido!

Leand. Y qué acaso
tan venturoso en extremo
te trajo, Faustina, aquí!

Plac. Al mismo Conde del Cerro
entregareis mi papel.
Los dos os irán siguiendo:
Señalando á Faustina y Valerio.
por la otra puerta saldran:
Id con cuidado.

Sarg. Ya entiendo. *vase.*

Plac. Señora, entrad en mi quarto,
y siguela tu, Valerio.
Pronto, porque os pueden ver.

Leand. Pero Placido, tan presto
la separas de mi vista?

Plac. Es preciso: no hay remedio.

Faust. A Dios Señor Don Leandro.

Leand. A Dios mi dulce embeleso.

Se encamina Faustina con Valerio á la puerta de enmedio. Leandro no quitará la vista de aquella; la qual volverá la suya dos veces á contemplarle. En la puerta le mira con mas atencion y terneza; dá un sus-

suspiro, levanta las manos al Cielo, y se entran.

Plac. Vuelvo al instante. *Vas.*

Lean. Y podrá
ningun humano respeto,
la opresion mas rigurosa,
y el castigo mas sangriento,
separarme de este hechizo
y hacer que mis juramentos
solemnes quebrante? No.
Antes me confunda el Cielo.
Ah, Faustina amada mia!
Todo lo que en tí echa menos
mi Padre, lo encuentro yo
mas resplandeciente, y bello.
Tu virtud, es tu nobleza.
A esta, los mortales dieron
su valor: pero el origen
de aquella, viene del Cielo.
Luego quién me hará dexar
lo que es mas, por lo que es menos.

Vase Plac. Ya pase la esquela al Conde.

Leand. Placido, amigo, qué nuevos
é incomparables favores
de tí recibo! Con ellos
alientas al que se hallaba
de la amargura cubierto.
Y mi Faustina?

Plac. Allí queda
con mis primas.

Leand. Por qué medio
tan raro, la ha conducido
la suerte aquí! Yo no puedo
dejar de creer que encierran
ciertos acasos misterios,
que á la humana inteligencia
les es imposible entenderlos.
Oye lo que me ha contado.

Plac. Todo lo sé.

Lean. Lo celebro.
Pero Placido, por qué
la arrebataste tan presto
de mi vista, y por qué ahora
no sale? Vamos adentro,
mi fiel amigo: á sus ojos,
nada, nada echaré menos.

Plac. No puede ser. Esperando
estoy al Conde del Cerro;
joven, cuya providad,
justificacion y zelo
al servicio Real, le hacen
acrehedor al valimiento
que disfruta del Ministro.
Es mi amigo, le intereso
en tu favor, lo ha ofrecido
y por él tu dicha espero.
Hoy quiere hablarte. Un criado
de tu Padre, está en el cuerpo
de Guardia; pretende verte
con mucha ansia, y yo recelo
si es acaso.....

Lean. El que siguió
á Faustina y á Valerio?
Traydor! él será sin duda.
Mas qué querrá este perverso?

Plac. Me parece que se llama
Andrés.

Lean. Haz que entre al momento:
Andrés es muy fiel y honrado:
pero una alma vil Anselmo.

Plac. Ola?

Sale Sarg. Señor.

Plac. Decid que entre
ese Paysano. Ya tengo *(Al Sar. ap.*
prevenidos á los dos.
Tomad la esquela. Id por ellos. *Se (la dá.*

Sarg. Bien está, Señor.

Plac. Leandro, *apar.*
tendrá mucho sentimiento
quando sepa que Faustina
está en otra parte. Pero
habrá de tener paciencia,
que asi por su bien procedo.

Sale Andrés apresudaramente, y al ver á D. Leandro corre á el, se arroja á sus pies, y se abraza á ellos tiernamente.

And. ¡Ah, mi amado Señorito!
Gracias al benigno Cielo
que me permite besar
esta mano, que venero.

Lean. Lebanta Andrés. Yo bien sé
el mucho amor que te debo.

And. Y de qué sirve mi amor?
Si pudiera ser remedio
de vuestras penas, mi sangre,
qué gozoso, qué contento

la derramaría toda!
Ver á mi amo padeciendo
en la estancia del horror
sin poder darle consuelo!
Lean. Pero, dime, Andrés, mi Padre..
And. Oh! vuestro Padre bien presto
estará aqui. A prevenirle
la posada yo, y Anselmo
nos adelantamos. Quise
me fuesen utiles estos
instantes; y á veros vine,
pues ya se sabe en Toledo
que aqui preso estais.
Lean. Mi Padre *Con sumo sobresalto.*
en Madrid! Con causa temo...
Plac. No temas nada.
And. Ah Señor!
Debe temer mucho... Pero
podré hablar. *aparte á Leand.*
Lean. Sí, todo, todo.
Es mi amigo. Mas yo pienso
no permitirá mi Padre,
que á Faustina un tratamiento
cruel se la dé.
And. No es cosa:
ese es todo su deseo.
A su Padre trahe consigo,
para que este pobre viejo
se ponga á los pies del Trono
y pida que en un encierro
vil, á su hija se castigue,
y que aquel sea perpetuo.
Lean. Cómo? ¿Con mi padre viene
el compasivo Aniceto?
And. Si Señor, el compasivo;
pero lo fué en otro tiempo.
Era dulce y apacible;
mas vuestro Padre, que creo
que es hecho todo de azufre
en azufre nos le ha vuelto.
Lean. Pero cómo ha sido?
And. Oidme.
Al instante que os prendieron,
y á la Corte os conducian,
vuestro Padre, con imperio,
dijo al Alcalde mayor,
que en aquel mismo momento
asegurase á Faustina,
y pusiese en un encierro
con dobles prisiones. Dióle
la orden precisa para ello,
que era del Señor Ministro;
y pasó el Juez al momento
á la casa de Faustina
con grande acompañamiento
de Alguaciles. Vuestro Padre,
iba á todos dirigiendo.
Llegan por fin á la casa
se les presenta Aniceto:
le preguntan por su hija,
ignora su paradero;
la buscan, registran todo,
no la hallan, y al pobre viejo
vuestro padre le honró tanto,
que despues de otros dicterios
los mas infames, le dijo
que sabia era el tercero
de la torpeza de su hija,
y que hacia juramento
de vengarse de él. En fin,
Señor, vuestro Padre viendo
este golpe malogrado,
mandó que fuese Aniceto
á verle al dia siguiente:
le trató con mas desprecio,
y no le dejó vivir
hasta que le dió el buen viejo
palabra de proceder
contra su hija. Esto es lo cierto:
á esto vienen á la Corte,
y yo de todo os prevengo,
para que esteis advertido
contra enemigos tan fieros.
Sale Sarg. Todo se hizo, Señor.
A Don Placido que se llega á él.
Plac. Bien:
y cómo los recibieron?
Sarg. Con amor incomparable,
y humanidad sin exemplo.
A la seña que le hace D. Placido se vá.
Lean. Haber seducido asi
aun al honrado Aniceto,
mi Padre? Mas dime, Andres,
no se sabe el paradero
de Faustina?
And. Qué! á saberle

quién duda la hubiera muerto?
Pero Señor, yo os suplico *á D. Pla.*
que deis orden al Sargento
para que me deje entrar
con libertad.

Plac. Te lo ofrezco,
entrarás quando quisieres.

Lean. Toma, Andres.
Dandole unas monedas.

And. Señor, ¿qué es eso?
Viendolas sin tomarlas.
Con dinero no se paga
el puro amor que os profeso;
conque Usia lo agradezca
será para mi gran premio.

Lean. Yo sé tu fidelidad
y desinterés. No es esto
retribucion, es fineza.

And. Pues si es fineza la acepto.
¡Ah, monedas admirables
de mi corazon! Protesto
que os guardaré, como alhaja
preciosa y rara en extremo.

Lean. Pero ¿por qué asi te admiras?
No tienes pruebas...

And. Las tengo
repetidas, y de sumas
mucho mas crecidas; pero
todas juntas, no componen
lo que esta para mi afecto.

Lean. Pero por qué?

And. Por qué? Pues
no es un milagro que un preso
en su faldriquera tenga
monedas que dar, supuesto
que apenas entra en la carcel
es el castigo primero
registrarle y arrancarle
su poco ó mucho dinero?

Plac. Eso se vé solo, quando
los que se suponen reos
son tratados por ministros
injustos; con cuyos hechos
infaman la misma Carcel
tan respetable. Yo entiendo
que unicamente está ella
destinada por el recto
y sabio Legislador,
para custodiar á aquellos
desgraciados que la habitan
con delitos, ó sin ellos,
porque aveces hay indicios
que al fin no suelen ser ciertos.
Si pierden la libertad,
¿por qué quitar su dinero?
Si los sabios Magistrados
supieran esos excesos,
quién duda que con la pena
lograrán el escarmiento?

And. Si os he ofendido, Señor,
que me perdoneis os ruego.
Yo dige lo que me acuerdan
estos lugares funestos.

Plac. Mas todos no se manejan
por unos mismos sugetos.
Entre algunos que son malos,
hay muchos que son mui buenos.

And. Lo creo asi. Señorito,
hasta otra vez.

Lean. Yo te ruego
que no me olvides.

And. Jamas.
Buen Señor, guardeos el Cielo. *(Vase.*

Plac. ¡Qué caracter de criado
tan noble!

Lean. Es muy fiel.
Sale el criado de D. Placido.

Plac. Qué es eso?

Criad. Ha llegado con su hermana
el Señor Conde del Cerro,
y quiere hablaros.

Plac. Que venga
el Centinela al momento.
Vase el Criado.
Entra en la prision, Leandro:
Este Conde, es el empeño
en quien confio que logres
tus amorosos deseos.
Ha de hablarte. Entra.

Lean. ¡Quando
acabarán mis tormentos!
Ah, mi Faustina!

Plac. Cerrad *al Centinela que lo hace.*
la prision. Conde, aquí espero.

Desde la puerta, despues de cerrada la de la prision, y colocádose el Centinela en

su lugar, vuelve D. Plácido al medio de la Escena, y sale el Conde.

Cond. Te debo dar muchas gracias
por el favor que me has hecho
en disponer que mi casa
sirva de Norte, y de Puerto
á la virtud perseguida.
¡Pobre Faustina! Te ofrezco,
usar contigo de todas
las voces y sentimientos
de la compasion. Mi hermana
está loca de contento
con ella, y bien instruido
yo de todos sus sucesos.
Engañó el Marques del Roble
al Rey y al Ministro, haciendo
un informe contra su hijo
de mil falsedades lleno;
y á la preciosa Faustina
quiso deshonrar. Yo tiemblo
de ira solo al contemplarlo!
El Ministro está tremendo
advirtiéndose engañado;
y aconsejar quiero al preso
lo que le es mas util. Haz
que salga aquí.

Plac. Sé de cierto,
que sino ha llegado el padre,
estará en Madrid muy presto.

Cond. Si se presenta al Ministro,
tendrá buen recibimiento.

Sale el Sarg. Mi Capitan.

Plac. Qué ha ocurrido? *le habla ap.*
Decidle que entre al momento.
Vase el Sargento.
Ya es preciso suspender
que hables á D. Leandro. Tengo
una gran visita, amigo.

Cond. Quién?

Plac. Su padre.

Cond. Lo celebro.

Sale el Marques seguido de Andres. El rostro de aquel manifiesta la ferocidad de su corazon. Hace una pequeña cortesia, pero con entereza, á los dos. Despues del primer verso se dirige al Centinela, y al ir á llegar á la puerta de la prision, le recibe con la punta de la vayoneta.

Marq. A dónde está D. Leandro?
Sacadle aquí, porque quiero
hablarle. Mas yo entraré
en su prision. Qué, que es esto?
Con furia.
Sabeis quien soy? Os atreveis...
Os parece, Caballero,
á D. Plácido con tono fuerte.
que es digno el Marques del Roble,
padre del que aquí está preso,
de este trato?

Plac. Y os parece
que es un delito pequeño
atreverse á atropellar
á la centinela?

Marq. Pero
yo creí...

Plac. Creisteis mal.
Escuchad lo que os advierto.
En el sitio en que os hallais,
no sirven los privilegios
del título mas ilustre.
Aquí solo obedecemos
la voz al Rey: las demas
son como dichas al viento.
Se quitan el sombrero él, y el Conde; pero no el Marques.
¿No oís que he nombrado al Rey?
Abatid ese sombrero,
ó haré os le quiten de un modo
que os enseñe á ser atento.

Cond. Qué bien abatió su orgullo! *ap.*
Paseándose sin tomar partido en las contextaciones.
Me ha dado un gusto completo!

Marq. A mí enseñarme? Y quién puede
intentarlo? Si al respeto
debido al nombre del Rey
falté, la disculpa tengo
en que soy padre irritado,
y el furor me puso ciego.

Plac. ¿Y quándo las ceguedades
delitos no produgeron?

Marq. ¿Y no puedo hablar á mi hijo?

Plac. Vuestro hijo está sujeto
del Rey á la voluntad.

Marq. De esa manera lo entiendo:
Pero puedo hablarle, ó no?

Plac. No tengo reparo en ello:
pero para conseguirlo,
pusisteis muy males medios.
Marq. No os conocí: perdonad.
Plac. Por este vestido, creo
que debiérais conocer
mi caracter, y...
Marq. Ya tengo
dicho que me perdoneis. *Muy ayrado.*
Plac. No, no os irriteis por eso.
Con ironia.
El preso á mi vista. No:
yo le sacaré.
Se entra por la puerta de la prision.
Marq. Me quemo *ap.*
interiormente al notar
los ultrajes que padezco!
¿Y por qué no se irá este?
Por el Conde.
Querrá escuchar si reprendo
bien, ó mal á mi hijo? No;
yo le echaré de aquí presto.
Algun importante asunto *con entereza*
os obliga, Caballero,
á deteneros aquí?
Cond. Pero sepamos primero
¿con qué autoridad me haceis
esa pregunta?
Marq. Yo tengo
que hablar á solas á mi hijo.
Cond. Pues sabed, que si yo debo
salir de aquí, no sois vos
quien lo ha de mandar. Me acuerdo
que D. Plácido os mostró
algunos advertimientos
que debieran reformaros.
Se os olvidaron: lo siento.
De la voluntad del Rey
este Gefe, á un mismo tiempo
es intérprete, y Ministro.
Si el solo, así lo comprendo
puede permitir me quede,
tambien en él solo encuentro
quien puede mandar me vaya.
Os respondí... Majadero!
Salen D. Plácido y D. Leandro. Aquel dexa que este se adelante. El Conde se retira un poco observando con eficacia y terneza á D. Leandro. Andres estará mas desviado; pero manifestará la compasion que le causa aquel: el qual irá con humildad á ponerse á los pies del Marques, y este se retira con furor.
Lean. Padre amado!
Marq. Aparta, ingrato,
insolente, y...
Plac. Conteneos. *Entre los dos.*
No se os olvide que el Rey
manda aquí solo, que vuestro
hijo, no es mas que un sagrado
depósito, del que debo
responder; y que aquí todo
os debe infundir respeto.
Marq. Con que á mi hijo no podré
explicar mis sentimientos?
Plac. Podeis; pero con decoro,
no con viles tratamientos.
Marq. Pues baya, enseñadme vos,
para evitar mis defectos,
el modo de conducirme,
y voces que decir debo.
Plac. Vuestra noble, é ilustre sangre
que alabais tanto, ha de hacerlo;
y si ella no os lo enseñase,
no busqueis otro Maestro.
Se retira con el Conde.
Marq. Que tenga que tolerar *ap.*
á este hombre! Un fuego aliento!
Acércate, ingrato hijo,
respeta en mí un padre lleno
de enojo, porque cruel
le ofendiste. Ese silencio,
ese semblante abatido,
y temor humilde, creo
declaran bastantemente
que reconoces tus yerros.
No, no pienses llegará
la emienda fuera de tiempo.
Esta prision, que segun
tu delito tan horrendo
debiera yo mantener
cerrada siempre, te ofrezco
será abierta en el instante,
como tambien la del seno
de mi corazon, si arrojas
del tuyo, aquel vil objeto

 que

que le seduxo.

Lean. Señor,
jamás saldrá de mi pecho.

Marq. Cierra el labio. Cúbrete
de rubor. Estos recuerdos
merece la ilustre sangre
de tus gloriosos abuelos?

Lean. La mejor sangre, Señor,
es la que tiene su asiento
al lado de la virtud.
Esta sigo, y esta quiero.

Marq. No te averguenzas, vil hijo?

Leand. No, Señor, ni me averguenzo,
ni sé de qué. Bien conozco
que mis actuales intentos
no aumentarán los blasones
de mi cuna, lo confieso.
Pero tampoco podrian
denigrarla. Un nacimiento
civil, costumbres honradas,
y virtuosas, contemplo
que unidas á la nobleza,
no la causarán desprecios.

Marq. Eso pronuncias? Mas yo
sostendré con todo empeño
el lustre de mi nobleza,
mi decoro, y los derechos
de la paternidad, que
sobre tí, mal hijo, exerzo.

Lean. Y yo seré siempre humilde
adorador del paterno
sagrado caracter, que
en vos reconozco; pero
sabré sostener tambien
con constancia, y ardimiento,
los derechos que me dió
la naturaleza.

Marq. Y esos,
¿quáles son? Tú, ¿no me debes
la vida?

Lean. Señor, es cierto;
mas tambien con ella, un don
mas precioso me dió el Cielo;
pues al poder de los hombres
jamás se mira sujeto.

Marq. Y qual es ese precioso
don?

Lean. La libertad que tengo
para amar lo que es tan digno
de ser amado.

Marq. Perverso,
traydor, hijo loco, y...

Lean. Señor, Señor, deteneos.
Me tratais indignamente
sin justa causa, y no puedo
tolerarlo. Vuestro enojo
manifestad con aquellos
modos y voces, que explican
claramente el sentimiento,
y no infaman la persona
de quien se tienen. Yo debo
respetaros como á padre;
pero si acaso me acuerdo
del honor, que este vestido
me dá, que desde el momento
que le vestí, consagré
mi fidelidad, mi esfuerzo,
mi persona, y vida al Rey,
y á la Patria, considero
que mi persona y mi vida
son de mi Rey, y por ello
no he de permitir se traten
con tan indigno desprecio,
que el mas vil de los mortales
no sufriera. Esto supuesto,
porque no os irrite el verme,
ni (si me infamais) resuelto
os responda, á mi prision
otra vez, Señor, me vuelvo:
y creed, que amaré siempre
á Faustina, aunque el sangriento
rigor me aflija con penas,
amarguras y tormentos.

Parte á la puerta de la prision: el Marques corre á detenerle, y á su voz lo hace.

Marq. Detente... Espera... Lo manda
tu padre.

Lean A esa voz, no puedo
desentenderme... Mas hable
mi padre, si puede hacerlo,
como hablar se debe á un hombre
de honor; no con vituperios.

Marq. Permitid, que entre un anciano
á D. Plácido.
que está esperando.

Plac. No tengo
reparo.
Marq. Llámale, Andres. *Vase este.*
Plac. Este ha de ser, segun creo
al Conde aparte.
de Faustina el padre.
Cond. Tristes
amantes! Los compadezco.
Es bello joven D. Leandro.
Qué prudente, y que discreto!
Marq. Amenazas y rigores *ap.*
han de lograr mis intentos:
y sino, la muerte sabe
poner á todo remedio.
Llega, respetable anciano,
viendo salir á Aniceto, viejo venerable con Andres.
que ya estamos en el tiempo
de hablar á este temerario
con claridad, con esfuerzo,
pues persiste en la locura
de amar á tu hija. Te pierdo, *á él ap.*
te arruino, sino dices
que tu hija es infame.
Anic. Cielos *ap.*
ha de lograr el poder,
con un tiránico imperio,
que á la hija, y á su sangre
deshonre el padre!.. Primero...
Mas si lo manda el Marques!...
Qué rigor!... Pero probemos.
Señor Marquesito, en quien *á Leand.*
tan ilustre sangre advierto,
¿es posible que un amor
mal ordenado, é indiscreto,
os abandone y arrastre
á cometer tantos yerros?
Es posible que querais
á mi hija, y á mi exponernos
al borde del precipicio,
sin dar causa para ello?
Y este es amor? No, Señor:
Es un teson, un empeño
temerario, que la ruina
de lo amado, busca ciego.
Va bien, Señor? *al Marques ap.*
Marq. Sí: mas dí
que es tu hija...
Anic. Ya lo entiendo.
Uniros, Señor, á mi hija?
A mi hija, que es... no encuentro *ap.*
las voces! Es...
Lean. Qué es vuestra hija?
Con tono firme.
And. Es... modelo
de modestia, y de virtud,
el Marques manifiesta su furor con las acciones al oir estas voces.
y honor de todo su sexô.
Esto, no le gustará, *ap.*
pero por Dios, que es lo cierto.
Mas vuestra ilustre nobleza,
querer se mezclara á un resto
de la miseria!... A mi pobre,
é infelice casa, siendo...
¿Qué es mi casa? Muy honrada.
¿Y mis pasados? Guerreros,
que por su Rey y su Patria
toda su sangre vertieron
en el campo del honor.
Tampoco le gusta esto. *ap.*
Mas con todo: no Señor:
yo jamás consentir debo,
que mi hija contrayga un lazo
tan desigual. ¿Qué derecho
tener puede nunca al hijo
del Marques del Roble, siendo
este conocido en todo
el mundo, por sus excelsos
timbres, sus altos blasones,
y mucho mas por su genio
feroz, y porque al que no
humilla á sus pies el cuello,
le levanta un testimonio,
y le pierde en el momento?
Estos versos sorprenden á todos de gozo. El Marques tiembla de ira, enviste á Aniceto, se interpone D. Plácido y Leandro le lleva á su lado.
¿No va bien, Señor? ¿No es esta
la verdad?
Marq. Infame viejo...
Plac. Qué bais á hacer?
Lean. A mi lado
estais seguro, Aniceto.
Marq. Protege á un vil, á un indigno,
que

que de él vengarme prometo.

Plac. Tan atrevidas y locas
proposiciones, entiendo
que os costarian muy caras,
pronunciadas aqui dentro,
si mi obligacion hiciera:
Pero miro otros repetos.
Mirando á Leandro.
Don Leandro, á vuestra prision,
y Usia vayase luego
á desahogar á otra parte
sus furores indiscretos.

Lean. Antes permitid, Señor,
que os bese la mano.

Marq. Objeto
de mis iras, huye, aparta,
que ya ni aun mirarte quiero.

Lean. Pues yo tributaré en esta
todo mi filial repeto.

Se inca de rodillas delante de Aniceto, le toma y besa la mano: aquel tiembla: el Marqués muestra una ferocidad incomparable: todos se admiran viendo la accion de Leandro: éste se levanta, y haciendo á todos profunda reverencia, se entra en la prision, y el centinela cierra la puerta.

Anic. Ah, generosa virtud!
En mí no estoy!

Llorando viendo á Leandro á sus pies. Luego que este se levanta se dexa caer sobre una silla confundido.

Marc. De este infierno *ap.*
salgamos pronto!...Yo me ardo!
Me quejaré al Rey de vuestro
mal modo: y no, no dudeis
que me vengará.

Plac. Lo creo: *con ironia.*
pero debeis advertir,
que nuestro Rey es tan recto,
que al que le engaña una vez,
nunca, nunca vuelve á creerlo.

Marq. Con que yo he engañado....

Plac. Así
me parece.

Marq. De ese nuevo
insulto, habré de valerme
para vengarme? Qué és eso?

A Aniceto: el qual viendole en accion de salir de la scena, se incorpora para seguirle.

No me sigas. Yo á tu hija
sabré buscar, si; y ofrezco
que tu y ella sereis.... Ya *ap.*
á dos asesinos tengo
preparados para el caso,
pues mi buen criado Anselmo
por dicha mia encontró
á Faustina, y á Valerio:
en este Quartél entraron,
y despues con el Sargento,
los vió salir, y llevarlos
á otra casa no muy lejos
de aquí, ni de mi posada.
Dios os guarde, Caballeros.

Vase con Andres precipitadamente, Aniceto vuelve á quedar consternado en la silla.

Plac. Has visto, Conde, otro noble
mas loco?

Cond. Pero debemos
reirnos de sus locurass.

Ve á Doña Rosa á la puerta de enmedio.

Entra hermana, ya no hay riesgo
de que te vean.

Plac. Señora,
perdonadme si os he hecho
esperar. Un impensado
arrivo....

Ros. Yo estuve haciendo
compañia á vuestras primas
con todo gusto. Se oyeron
voces, y ellas me obligaron
á salir. Mas el que advierto
allí abatido y llorando
¿es Padre del que está preso?

Cond. El Padre de Don Leandro
no llora, no: al universo
maldice, y quisiera verle
á su voluntad sujeto.
Aquel es el infeliz
Padre de Faustina.

Ros. Ah, Cielos!
Es el Padre de Faustina!
Pues demosle algun consuelo.
llega y le levanta.
Buen anciano, levantad.

Anic.

Anic. Ah Señora! Mis tormentos
son inesplicables! Son
crueles, y en tanto extremo
me oprimen, que es imposible
pueda sujetar el freno
de la razon, los transportes
furibundos, y violentos
que á mi corazon destrozan!
Hija amada!
Ros. Ya no puedo *al Conde ap.*
disimular mi terneza.
Voi á decirle que tengo
en mi poder á Faustina.
Cond. Calla por Dios, que no es tiempo.
Ros. Si la compasion me inflama.
Cond. Yo lo dispondré. Buen viejo
venid conmigo.
Anic. Señor,
me haceis mucho honor en eso,
mas reflexionad que yo
debo emplear este tiempo...
Cond. No le perdereis: venid.
Plac. Yo os lo aseguro, Aniceto.
Cond. Estamos enternecidos
de vuestros quebrantos. Ellos
nuestra compasion merecen;
y al mismo tiempo seremos
los protectores de vuestra
preciosa Faustina.
Anic. Cielos,
permitid que sea así!
Y á quién tal piedad merezco?
Ros. Todo lo sabreis: seguidnos
Anic. De rodillas. Dios inmenso
bendecid estas piadosas
intenciones.
Cond. Yo os ofrezco
que la virtud perseguida
alcance un triunfo completo.
Anic. Si eso consigo, la muerte
con rostro tranquilo espero.
Cond. Vamos. Creed que execuciones
serán mis prometimientos;
y la maldad, y virtud,
tendrán su castigo, y premio.

ACTO SEGUNDO.

Sale Andrés por la puerta principal.

And. Cumplió por fin el Señor
Don Plácido su promesa.
Me presenté muy erguido
al cuerpo de guardia: llega
el Sargento, me pregunta
con su cara verdi-negra:
Paisano, ¿quién es Vmd?
A quién busca? Con aquella
circunspeccion magistral
con que pretende un bavieca
representar lo que no es,
le respondí, que yo era
Andres. Al Señor Andres,
están abiertas las puertas
de este Quartel, respondió.
Entre Vmd. en hora buena.
Yo entonces pasé muy grave,
y me hizo una reverencia.
¡Quánto engordan á los hombres
como yo estas apariencias!
Reviento de vanidad!
mas Don Placido aqui llega.
Plac. Oh, querido Andrés.
Andres. Criado
de su merced. Yo quisiera
á mi Señorito dar
una noticia muy cierta.
Plac. Ahora descansa. No importa
que yo primero la sepa.
And. Es verdad. Pues es el caso,
que habrá poco mas de media
hora, que me hallaba yo
ocupado en la limpieza
de un vestido de mi amo.
De improviso se presentan
á mi dos hombres, preguntan
por el Marqués: está fuera,
les respondí: Pues debemos
esperarle aqui, y se sientan.
Todas sus trazas, Señor,
de perdona vidas eran.
Por el colmillo escupian:
les llegaban las monteras
hasta los ojos: y á un lado

caia toda su fuerza.
Sus capotes Xerezanos,
y patillas de una tercia;
á lo Gitano sus moños,
y jandaluza su lengua.
Sacaron ambos sus pipas,
y me pidieron candela.
Se la trage; y yo creí
que en cada palabra suelta
llevaban presa la muerte,
para darsela al que quieran.
Vino mi amo al fin: Amigos!
les dijo, sin la fiereza
que acostumbra; los asió
de las manos y los entra
al Gavinete. Yo entonces
lleno de muchas sospechas,
de puntillas me llegué
á ver si desde la puerta
(que estaba cerrada) oía
una palabra siquiera,
y lo conseguí; pues dixo
uno de ellos: ya eztá hecha
la averiguacion del amo
de la caza en que ze ozpeda
la tal Fauztina, Zeñor,
Uzia llegará á verla,
como le hemoz ofrezio,
y Ambrozio que dió con ella,
ez un buen mozo, Zeñor.
Será igual la recompensa
al servicio, respondió
mi amo; y sin mas espera,
corriendo vine á traher
una noticia como esta
á mi pobre Señorito,
porque creo, que util sea.
Me marcho. Señor, cuidado
con estos hombres.

Plac. Qué piensas
tu de ellos?

And. Que son Espias,
ó asesinos. Mas, qué perra
memoria tengo! No es cosa;
lo mejor que decir resta.

Plac. Y qué es!

And. Mi amo fue á Palacio:
parece que á la presencia
llegó del Señor Ministro;
y este con toda aspereza
le dijo: quien ha engañado
al Rey y á mi, no se atreba
á verme jamas. Despues,
se le mandó por estrecha
órden, que viese á un Señor
Conde de.... de... qué impaciencia!
de.. Del Cerro: le dixese
su pretension, y cumpliera
todo lo que le mandase.
Pues la autoridad suprema
cedia el Príncipe en él,
para la conclusion de esta
causa. Buscó al Señor Conde;
no le halló, y echo una fiera
volvió á la posada.

Plac. Bien:
Esa noticia me llena
de satisfacion, Andres.

And. Y mi alegria es inmensa
por haberla dado, y ser
tan util. En diligencia
vuelvo á la posada. Siempre
que algo ocurra, y que yo entienda
que importa á mi señorito,
vendré como alma que llevan
los Diablos, á noticiarlo.
Mandad, Señor, con imperio
en mi rendida obediencia. *vase.*

Pla. ¿El Conde está autorizado
por el Rey, para que entienda
en la causa de Leandro?
Pues quien dudará proceda
en favor suyo! Oh, mi amigo!
A qué feliz tiempo llegas!

Sale el Conde.

Cond. ¿Cómo nuestro preso está?

Plac. Le ha causado amarga pena
que Faustina no esté aquí;
pero le he dicho, que crea,
que la casa en donde se halla
dá margen, para que pueda
esperar que sus deseos
acreditados se vean;
y ahora lo aseguro mas;
porque sé que el Rey ordena

que tu acabes esta causa.
Cond. Eso es verdad; pero piensa,
que yo no debo aprovar
una union tan poco cuerda.
Conozco que él es un joven
amable: tiene belleza
y virtudes excelentes,
Faustina: su Padre, muestra
el caracter mas honrado:
y fué calumnia perversa
la del Marqués á los dos.
Y en medio de todas estas
circunstancias, yo no puedo
aconsejar, que es bien hecha
esta union. La contradicen,
la rebocan y repruevan
nuestras sabias Leyes. Es
notable la diferencia
de las dos cosas. Yo quiero
que todos felices sean,
mas no que esta union se haga.
Qué ¿mi discurso no apruebas?
Plac. Cómo? Reconozco bien
de tus prudentes ideas
todo el fondo; pero Leandro,
que las desaprueve es fuerza:
y como soy tan su amigo....
Cond. Yo le hablaré: tal vez tengan
poder mis recombenciones,
para que su pasion venza.
Conducele aqui al instante.
Plac. Te obedezco.
Entra por la puerta de la prision.
Cond. Mis austéras
y fuertes palabras, creo
me concilien una eterna
enemistad con Leandro;
mas la órden del Rey es esta;
y mi obligacion exîge
que en nada prescinda de ella.
Si acaso vuestro descanso
A Leandro, que sale con Placido.
interrumpo, espero sea
esta falta perdonada
por vos.
Leand. El que considera
que su descanso y quietud,
dependen, Señor, de vuestra
voluntad, solo emplearse
en vuestro obsequio desea,
y los elogios que os debo
mi agradecimiento aumentan.
Ya sabeis que mi Faustina
no me iguala en la nobleza;
pero es tanta su virtud,
que admira al que la contempla.
Cond. Pero la habeis engañado;
y aun procedeis de manera,
que á vos mismo os engañais.
A qué extremo de indigencia
os veriais reducido
como os unieseis á ella?
¿Y si llega el caso adverso
de que su hermosura pierda,
porque la hambre y la desdicha
no dieron jamás belleza,
¿á quién amareis entonces?
Esta ¿no será una fiera
tortura, que os despedace
el corazon?
Lean. Ah, qué ideas,
Señor, tan horribles, para
almas deviles, son esas!
En ese estado, ¿Faustina,
pensais acaso que pierda
la resplandeciente antorcha
de la virtud, que hay en ella?
Al contrario: mas preciosa
brillará: como la piedra
que el cincel pule: sufriendo
mas golpes, mas luces muestra.
La hermosura corporal,
se acaba apenas comienza.
La rosa al alba, qué hermosa!
Y al medio dia está seca:
Pero las preciosidades
de las virtudes, se obstentan
brillantes siempre, Señor;
en el alma. Estas, estas
que tanto en Faustina brillan,
forman toda su belleza,
estas sigo, estas me arrastran
y no temo, no, perderlas.
Plac. Cómo es facil convencer *ap.*
al que de este modo piensa?

Cond. Pues Señor, como os caseis,
vuestro Padre os deshereda.
Lean. ¿Y quién discurris será
mas dichoso, con riquezas
mi Padre, ó yo con Faustina
infeliz? La Providencia
que cuida de las hormigas,
las abriga y alimenta,
¿cómo es posible que falte
á su semejanza mesma?
Cond. Pues ya que esta no os convence,
una noticia funesta,
creo lo logre.
Lean. ¿Y quál es?
Cond. El Rey con gusto no lleva
esta union, si pretendeis
sin embargo de esto, hacérla,
os degrada del empleo.
Leand. Rendida está mi obediencia,
Me uniré á Faustina, y luego
yo haré que la real clemencia,
deponga el enojo.
Cond. ¿Cómo?
Lean. ¿Cómo? El campo de la guerra
esta abierto. Con prodigios
de valor se manifiesta
la desesperacion. Yo,
que sabré pelear con ella,
los haré, sí, los haré;
y quando todos lo sepa
nuestro amable Soberano;
quando claramente entienda,
que he dado honor á sus armas,
y gloria con mi defensa
á la Patria; quando al pie
de su trono toque, y vea
mis honradas cicatrices,
y que riego con mis tiernas
lágrimas, sus reales plantas,
besando humilde la tierra
que ellas pisan, no es preciso,
no es regular se enternezca
su paternal corazon,
y que me diga: »Alza, hereda,
no los bienes de tu Padre,
sí, mi Real benevolencia.
Vive feliz con tu Esposa,
que ya perdonado quedas?

Lo patetico de este discurso conmueve a Conde, y á Don Placido: se miran, y hacen un extremo, que declare la terneza que les causa.

Cond. Sí lo hará: y el que lo dude
no conoce su clemencia.
Y para justificarla
escuchadme atento. En fuerza
de mi informe, el Rey me manda
deciros quedareis cerca
de su Real persona sin que
os quejeis de que escasea
para vos sus beneficios:
que desde luego, y en muestras
de las honras que os hará,
á Coronel os eleva,
y á su Gentil-hombre: y no
os manda, sino que os ruega
abandoneis á Faustina:
la que hará que se establezca
dichosamente. Yo solo
espero vuestra respuesta.
Lean. Oh, Dios!... Qué he escuchado! El
Mi Rey amado me ruega!.... (Rey,
Y faltaré á obedecerle!
Mas cómo es facil que pueda
dexar de ser de Faustina!
Ah, qué cosas tan opuestas!
Pero hay medio poderoso,
hay arbitrio, que no dexa
escrupulo al cumplimiento
de mi amor y mi obediencia.
Como fuera de sí.
Amigo infiel, protector
cruel, ya de mí se vengan
vuestras astucias... Yo muero.
A si cumplo lo que ordena
mi Soberano, y Faustina,
quando mi cadáver vea,
dirá que solo la muerte
me pudo separar de ella.
Corre á su prision, los dos le detienen, y conducen al medio de la scena.
Plac. Detente, amigo.
Cond. Esperad. *con terneza.*
Don Leandro.... Vuestras quejas.....
Lean. Son injustas: lo conozco.
Perdonadme las ofensas

que

que á los dos hice. Un transporte
de horror, hizo que... mi lengua......
Pero qué mortal congoja
el uso me quita de ella!...
Plac. Vamos á mi quarto, amigo.
Lean. Vamos á donde tu quieras.
Mas dónde no esté Faustina,
allí la muerte me espera.
Le lleva Placido.
Cond. Què extremo de amor tan noble
por lo amado! Si pudiera...
Por este joven se debe
hacer quanto hacerse pueda:
Nuestros Reyes son benignos:
y es tan grande la clemencia
del Ministro... En fin, veremos.
Sale el Sargento. Y mi Capitan?
Cond. Ya llega. *Sale D. Placido.*
Sarg. El Marqués del Roble, para
entrar, aguarda licencia.
Plac. Que entre. *vase el Sarg.*
Cond. Cómo está Don Leandro?
Con interés.
Plac. Algo sosegado queda
con mis primas. Mas qué sientes
de su pasion?
Cond. No hay quien pueda
vencerlo.
Sale el Marqués, se quita el sombrero, y hace á los dos una cortesia como forzada.
Marq. Besoos las manos.
Sujetarme á esta baxeza *ap.*
por un mal hijo.... Me han dicho,
Señor Capitan, que en vuestra
casa encontraria al Conde
del Cerro.
Plac. A vuestra presencia
le teneis.
Marq. Quién? El Señor? *con admiracion.*
Cond. Servidor vuestro.
Marq. Si hubiera
antes tenido el honor
de conoceros... aquella
pregunta que os hice, no...
Cond. Lo entiendo. De esas frioleras
jamás, Señor, hice caso.
Marq. Mandó el Ministro que os viera:
en vuestra casa os busqué,
y me dixeron que en esta
os hallaria.
Cond. Y en qué
os puedo servir?
Marq. Pudiera
deciros que en mucho; mas
quando está tan manifiesta
mi justicia, no me valgo
sino del auxilio de ella.
Cond. Pero nos falta saber
si está ó no, de parte vuestra.
Marq. En afirmandolo yo,
no es necesario mas prueva.
Cond. Pues porque vos lo digais
no es facil que yo lo crea.
Marq. Por qué?
Cond. Porque la justicia
de otro modo se gobierna.
Marq. Este tal Conde del Cerro *ap.*
creo no hará cosa buena.
Ya sé que tiene á Faustina
en su poder. Si no acepta
mi pretension, yo seré
bien vengado de él, y de ella.
Cond. Al caso, Señor. El Rey
(que Dios guarde) quiere sea
yo, el que en vuestras pretensiones
contra vuestro hijo; entienda,
que os diga y que determine
lo que á la razon convenga.
En esta virtud, decid
aquello que se os ofrezca.
Marq. Yo no sé porque el Ministro
á escucharme ahora se niega,
habiendo siempre tenido
tan fina correspondencia
con mi casa.
Cond. Despues que oiga
las solicitudes vuestras,
os diré en lo que el Ministro
funda contra vos su queja.
Marq. En primer lugar pretendo
que mi hijo encerrado sea
con mas rigor; que arrastrando
traiga siempre la cadena
que castigue su delito,
y la acuerde su vileza.

He reparado que aquel
á quien tanto se encomienda
su custodia, me ha faltado
al respeto, y á la atenta
veneracion que merezco:
y es solo porque profesa
con mi hijo amistad. Yo quiero
que en otro Quartel se tenga,
con custodia mas segura.
Y en el punto que parezca
la infame Faustina (que
discurro que hoy mismo sea)
se destine á vil encierro
por muchos años. Con estas
cosas que me concedais,
tan justas, como pequeñas,
siempre encontrareis en mí
una amistad verdadera.
Cond. Poca recomendacion
me pudieran dar con ella.
Jamás quise para amigo
al que las voces desprecia
de la humanidad, y sabe
calumniar á la inocencia.
Plac. Bravisimo! *ap.*
Marq. Qué decis?
Sabeis que.....
Cond. Sabeis que ordena
el Rey, que yo sea el Juez
vuestro en este asunto? Si esta
autoridad no os contiene
tomaré otra providencia.
Marq. Pero á mí. El furor me abrasa! *ap.*
Cond. A vos toca mi respuesta
escuchar, como escuché
las solicitudes vuestras.
Que á vuestro hijo se sujete
con rigor, es la primera.
Señor Don Placido, el Rey
por mi palabra os ordena,
que á Don Leandro mitigueis
de su prision la aspereza:
que permitais se pasee
por todo el recinto de ésta
casa.
Marq. Cómo? Es este el modo.....
Cond. Que calleis os mando, mientras
mis ordenes doy. Al Rey *á D. Plac.*
basta solo que os prometa
con solemne juramento
guardar su carcel.
Marq. Qué afrentas *ap.*
paso, y qué furores sufro,
por un mal hijo!
Cond. Si intenta
hablar el Señor Marqués
á su hijo, y le dais licencia,
si á la moderacion falta,
os mando que se le prenda,
y me pasareis aviso
para que yo le dé cuenta
á su Magestad.
Plac. De todo
quedo enterado, y quisiera
que vieseis con la eficacia
que lo cumple mi obediencia.
Cond. Por lo que toca á Faustina,
por su protector se muestra
nuestro amable Soberano.
¿Yntentareis ofenderla?
Marq. Me abraso! Yo haré....
Cond. Qué hareis?
Abatid esa sobervia.
Y ahora escuchad el motivo
que al sabio Ministro empeña
á despreciaros. Le consta
que un impostor sois.
Marq. Con esas
expresiones se me trata!
Cond. Os contemplo digno de ellas.
Esta Representacion,
la saca y enseña.
¿no es toda de vuestra letra?
Marq. Mia es; yo la escribí
al Ministro; pero en ella
¿le falto al respeto?
Cond. No:
á la verdad faltais; y esta
es una culpa, acreedora
á su indignacion severa.
Oid:
Lee *Excelentísimo Señor: Muy Señor mio: Engañado, y seducido mi hijo por una muger vil por sus deprabadas, y deshonestas costumbres, y por su infame nacimiento, intenta casarse con ella.*

Basta. No es menester mas.
Infamar á una doncella
honrada como Faustina,
es la mas grande vileza.
¿Y es de infame nacimiento?
Qué falsedad! La nobleza
solo la falta, y es digna
de que el Rey se la conceda,
porque ha tenido ascendientes,
cuya memoria hará eterna
la fama por su valor,
y servicios en la guerra.
Su Padre es un hombre honrado,
la verdad brilla en su lengua;
y no, no es capaz de hacer
una calumnia como ésta,
señalando el papel que tendrá en la mano.
ni de engañar al Ministro
como lo habeis hecho. Sea *á Plac.*
el preso juramentado,
y pronta libertad tenga.
Guardeos Dios. Bien castigada *ap.*
su altivez tan vana queda. *Vase.*
Plac. Qué fuego arrojan sus ojos! *ap.*
Marq. Vete; pero en vano esperas *ap.*
hacerme perder el fruto
de mis horribles ideas.
Ya mis dos espias... Mas
luego se verá. Quisiera *á D. Plac.*
hablar otra vez al preso.
Plac. En no habiendo orden expresa
del Ministro para ello,
no es posible lo consienta.
Rabia, desespérate *ap.*
y humilla tanta soberbia. *Vase.*
Marq. Ya que todos me obligais
á que mis furias exerzan
sus vengativos estragos,
Faustina, Faustina muera.
Rompa yo su corazon,
destroce su pecho, viertan
mis manos su sangre, y
venga despues lo que quiera. *Vase.*
Sale D. Plac. No, no puede sufrir mas
mi corazon la presencia
de mi desdichado amigo!
Con qué afliccion se lamenta
de su desgraciado amor!

Sale el Sargento.
¿Qué se ofrece?
Sarg. Daros esta
carta, que traxo Valerio:
el que llevé con aquella
Señora en casa del Conde
del Cerro.
Plac. Ya entiendo.
Sarg. Apenas
supo que el Marques del Roble
estaba aquí, con sorpresa
notable, puso la carta
en mi mano, que os la diera
me encargó, y que os advirtiese,
que desde la misma puerta
de la casa donde está,
le siguieron con cautela
dos hombres, al parecer
Andaluces, y sospecha
que fuesen...
Plac. Sí, del Marques
del Roble, espias secretas.
Sarg. Sí, Señor.
Plac. Id, y observad
si en nuestra calle se encuentran,
y avisadme al punto.
Sarg. Bien. *Vase.*
Plac. Veamos la Carta. La letra
del sobre, de muger es. *La abre.*
Pero otra hay dentro, y abierta.
Lee el sobre.
Para el Señor D. Leandro.
Será de Faustina: en ella
le dará consuelos. Dice
la mia de esta manera.
Señor D. Plácido: Espero merecer de vuestro favor permitais que mi querida Faustina se despida del Sr. D. Leandro. Yo la acompañaré, y desde ahi marchará á su destino con su buen Padre, y Valerio. Su firme resolucion, y mis prontas providencias, aseguran un éxito feliz y constante. Tened prevenido con vuestras prudentes reflexîones á ese tierno amante, para que reciba este golpe tremendo con la posible fortaleza. Si lo teneis por conveniente dadle la adjunta, en la que esta preciosa joven le participa su determina-

nacion, y mandad á vuestra atenta servidora. — *Doña Rosa de Guzman.*
Válgame Dios! Qué noticia,
qué resolucion tremenda
puede esta ser que con tantas
prevenciones se presenta!
Mas pues Faustina la dice,
qué aguardo? Voy á saberla.
Abre la otra carta, lee para sí haciendo los mayores extremos de admiracion, y sentimiento, y despues dice:
No sé que me pasa! Todo
cubierto de una sorpresa
mortal me observo! Oh, mi amigo!
Qué fatal golpe te espera!
Mas preciso es que aproveche
los momentos.... Aquí llega.
Y qué afligido! Podré
darle noticia como esta. *Sale Leand.*
Leandro, amigo, cómo estás?
Leand. Cómo he de estar? Se presentan
imágenes á mis ojos
tan trágicas, y funestas
para mi amada Faustina...
Ah, mi amigo!
Plac. No, no creas
esos disparates. Pronto
vendrá á verte.
Lean. Ella? *con suma inquietud.*
Plac. Ella,
sí.
Lean. Faustina vendrá á verme?
Plac. En esta Carta lo expresa.
Lean. Qué miro! Ay Dios! Reconozco
que es de su mano esa letra.
Oh, adorados caractéres!
Dámela.
Plac. No con tal priesa
á un sentimiento de gozo,
otro anticipes de pena.
Lean. Otro de pena? ¿Qué dices?
¿Qué me anuncias? ¿Me desprecia?
Plac. Nunca mas te amó, que ahora;
pero ahora es quando te dexa.
Lean. Me ama mas que nunca; pero
me dexa tambien!... Qué opuestas,
qué horribles, y qué crueles
contradicciones son esas!
No eres mi amigo, ó me engañas,
sino permites que lea
ese papel. Dámele,
dámele antes que fallezca.
Se le dá, y le besa.
Plac. Toma: soy tu amigo.
Lean. Qué *le abre temblando.*
me dirá en él!
Plac. Como tiembla!
Leandro lee. *Leandro: si hasta aquí creiste que te amé, como me has amado, debes creer que hoy te amo mas, que á mi misma; pero reconozco, aunque tarde, que nuestra union te haria infeliz; y yo te amaria poco si lo permitiese. No, Leandro amado: recayga el castigo sobre mí sola, para que tú seas dichoso. Voy á sacrificar por ti mi libertad para siempre en un Convento fuera de esta Corte, donde están dos primas del Sr. Conde del Cerro. Iré á despedirme de tí, y espero hallarte de modo, que tu rostro me declare, que apruebas la resolucion de la desgraciada Faustina.*
Qué es lo que he leido, Cielos!
Puede ser verdad!
Plac. No tengas
duda. Faustina...
Lean. No, amigo,
no la nombres. Cruel! Intentas
abandonarme! No has visto
hasta el extremo que llega
mi tierno, y constante amor!
¿Así pagas, así premias
los tormentos que me causas,
y fatigas que me cuestas?
Infiel!... ¡Oh, Dios! Pero todo
es engaño, es apariencia:
no puede ser, no. Faustina,
aquella alma noble, aquella
incomparable virtud,
proceder de esta manera!
Es falso, sí. Ella ha escrito
este papel: es la letra
de su mano: mas quien duda,
que seducida, violenta,
ó engañada lo habrá hecho?
Pero es mia, y yo soy de ella.

Plac. Bien está, Leandro; pero
sosiégate. Presto el verla
conseguirás, y ella misma
te explicará lo que sienta.
Lean. Ah, Plácido! No por Dios,
no permitas que la vea.
Plac. Me es imposible impedirlo,
Leandro, porque ya llega.
Lean. Infeliz de mí!
Se dexa caer sobre una silla con total desaliento. Sostiene su mexilla sobre la mano derecha: salen por la puerta del frente Doña Rosa, Faustina, Aniceto, y Valerio. Inmediatos á la puerta dicen los primeros versos Aniceto y Faustina. Introducida esta en la Escena, y viendo á Leandro se consterna de dolor.
Anic. Hija mia
en esta tan ardua empresa,
haz que tu mucha constancia
y valor no se envilezcan.
Vence esa pasion, y así
sabrás triunfar de ti mesma.
Faust. Sí, Padre mio: sabré
sino extinguirla, vencerla.
No temais, no, que vuestra hija
no acredite su promesa.
Entran en la Escena.
Mas que veo! Oh, Dios! Inmovil,
pálido el rostro, en la tierra
clavados aquellos ojos
que antes mis encantos eran....
Justos Cielos! ahora, ahora
debeis darme fortaleza.
Landro levanta la cabeza para verla, y con total desaliento dice:
Lean. Faustina! Ah!.. Me abandonas,
y á ver mi muerte te acercas!
Faust. ¿Yo abandonaros, Señor?
Jamás con mayor terneza
os amé.
Léan. ¿Qué oigo? ¿Tú me amas,
se levanta con un ímpetu de gozo,
Idolo mio? Con esa
declaracion, nuevo ser
me das, de nuevo me alientas.
Faust. Yo os amo, Señor; mas veo
que nuestra pasion detestan
las leyes, la razon, vuestro
Padre, el mio, la prudencia,
y nuestro amable Monarca,
sobre todo. Yo resuelta
estaba á sufrir con vos
las desgracias, las miserias,
las cárceles, las prisiones
mas crueles, y sangrientas.
Mas meditando, creyendo
vuestra suerte tan adversa,
si os unieseis á mí, viendo
que perdiais la opulencia
de vuestra casa, los timbres
que habeis heredado de ella;
que arrancaba de su tronco
el feliz vástago, aquella
única rama en que funda
de su explendor la existencia,
¿sería amaros, sería
quereros con la fineza
de mi pecho, si este lazo
hiciese, si consintiera
tanta ruina, tanto extrago,
tanta injuria, y tanta ofensa?
Ah! no Señor, no es capáz
Faustina de cometerla.
Yo os amo, yo os amaré
mientras aliente: mi lengua,
mis labios, mi corazon
con gusto, con complacencia
lo repitirán constantes,
siempre, sí. Para ser vuestra
esposa, nació Faustina.
La suerte la es tan adversa
que se lo impide. Mas no,
no será de otro. Se encierra,
en un claustro, se sepulta,
y la libertad contenta
pierde porque seais dichoso,
aunque ella infelice sea.
Contemplo que os causará
mi resolucion sorpresa
cruel, espantosas ansias,
mortales desmayos, fieras
congojas; mas resistidlas
con constancia: deponedlas
con valor, al ver que yo
al separarme del que era

mi único bien, mi consuelo,
y objeto de mis ternezas,
mi corazon despedazo
rasgo mi alma, y abro puerta
á mi pecho, porque salga
con mas prisa, mas violencia
mi último aliento, y la muerte
concluya todas mis penas.

Leand. ¿Y esa determinacion
me anuncias; para que sea
aprobada por mi?

Faust. En eso
consiste la dicha vuestra.

Lean. Pues bien está: yo la apruebo,
la confirmo, la celebra
mi alma: vete, no tardes,
quitate de mi presencia,
cruel. Esa libertad
que hoy vas á perder, espera
tenerla mañana: yo
te lo aseguro. No creas
que de tu enciérro á mi entierro
pasen muchas horas. Esta
es mi resolucion, si
la tuya, infiel, es aquella.

Faus. Ay Dios!... Leandro.... La vida
como fuera de sí.
mas preciosa .... Si yo....

Lean. Dexa
sentimientos, depon ansias
por una vida, que llenas
de amarguras, mas atroces
que las de la muerte mesma.

Faust. Pero... si...

Anic. Hija, valor.

Faust. Y hay para esto resistencia!
No veis que es contra su vida,
su amenaza? Y yo pudiera
ser causa... Padre, Señora,
sostenedme! Estoy muy cerca
de que mi devilidad
mi amor, y piedad, me venzan.
Salgamos de aqui. *resuelta.*

Ros. Es preciso
que primero el coche venga.

Lean. Amada Faustina, tu
te enterneces? Pues bien, ceda
á los dulces movimientos
de tu amor, esa tremenda
resolucion. No te apartes
de mis ojos. Mira, observa, *de rod.*
y exâmina esta rendida
victima, que tienes puesta
á tus pies. Ella te pide
que reboques la sentencia
que has dado contra su vida,
ó que inmolada se vea
por la desesperacion
ante la imagen horrenda
de tu crueldad. Pero no:
tu sabrás mirar por ella:
sabrá inspirarte piedad
esta mano, que fiel besa

A los pies de Anicecto besandole la mano: él tiembla.

mi filial respeto. Si:
mi Padre sois: lo confiesa
lo publica, y solicita
mi puro amor, y obediencia.
Si Señor, sí Padre mio:
templad la dura inclemencia
de Faustina, de vuestra hija,
de mi esposa: su promesa,
sus solemnes juramentos,
haced que cumplidos sean.

Faust. Para ahora, Padre mio, *á él ap.*
se hizo vuestra resistencia.

Anic. Señor, mis ojos os dicen
el dolor que me atormenta.
No puede mi corazon
mirar lástimas como estas,
sin dexar de consolarlas,
ó en todo desvanecerlas.
Y qué mucho será lo haga
en esta ocasion, si en ella
Señor, me habeis dado el nombre
de Padre!... De Padre! Fuera
esto creible, á no oirlo!
Padre vuestro yo! La tierra
que pisais, debo besar
por honra tanta. Y pudiera
revestirme de crueldad
en medio de tal terneza!
Hija, si el Señor Don Leandro
te ama con tantas veras:
si en tu corazon sencillo,

ha-

halla igual correspondencia,
yo tan barbaro no soy,
tan inhumano, que pueda
oponerme...

Faus. No mas: basta,
Padre mio, Vos dais pruebas
de que es sensible vuestra alma,
que es honrada, pura y bella.
Mi partido está tomado. *con terneza.*
Tú, que de mi pasion ciega
fuiste leal compañero,
tambien espero lo seas
de este mi arrepentimiento,
Sigueme.

Le ase de la mano y marcha con él hacia la puerta de la habitacion de D. Placido: á todos pone en un movimiento de sorpresa esta resolucion. Estando cerca de la puerta sale el criado de D. Placido.

Cria. El coche espera.

Faustina levanta los ojos y las manos al Cielo con el mayor fervor. Vuelve aceleradamente á la Escena, y dice tiernamente.

Faus. Señor D. Placido, os ruego
con mi llanto y mi terneza,
que por su vida mireis.
Viva Leandro, y yo muera!

A Rosa abrazandola.

Señora, y mi amparo, ¡á Dios!
A Dios... mi Leandro.

Vase con Valerio.

Lean. Espera. *Queriendo seguirla.*

Plac. Detente.

Ros. Gloriosa accion!

Plac. Qué virtud!

Anic. Seguirla es fuerza. *Vase llorand.*

Lean. Me la quitan, me la roban
y he de permitirlo! Deja
que la siga: no me impidas
el paso. Tu resistencia
supeditará mi furia.
Si: yo debo defenderla.

Plac. Al Rey juraste guardar
la prision: la puerta avierta
la tienes; si esto á tu honor
no ofende, vete por ella.

Lean. ¡Ah, ley del honor sagrada!
Y qué pesadas cadenas
pones al que le conoce,
al que le estima y profesa!
Perdona, querido amigo,
mi temeria imprudencia.
Infeliz de mi! Perdí
para siempre á aquella, á aquella
preciosa luz de mis ojos,
y de mi vida! Pero ella,
donde va, Señora? Ya
que mis enemigos venzan
y de mi pecho la arranquen,
su destino al menor sepa.

Ros. Sí, Don Leandro, le sabreis:
pero primero quisiera
moderarais esa horrible
tempestad que os atormenta.

Lean. Lo haré, Señora. Decidme
dónde mi Faustina llevan

Rosa. A un Convento en Alcalá.
Es mi Tia la Abadesa;
y otras dos primas hermanas
tengo allí tambien. Apenas
llegó Faustina á entender
que desaprobaba vuestra
union el Rey, y observó
que su Padre con terneza
la rogaba al mismo tiempo,
que su infausto amor venciera,
en un momento medita
las fatales consecuencias
de este suspirado lazo,
y determina resuelta
el perder su libertad
porque disfruteis la vuestra.
En lagrimas anegada,
me pide, suplica y ruega,
la proporcione un asilo
en tan terrible tormenta.
El Convento la propongo:
se regocija, y ordena
su partida. Lleba cartas
para que admitida sea
y tratada, como si
cosa mia propia fuera.
Este es su destino, y este
el exceso de grandeza
de su alma generosa,
digno de memoria eterna.

Plac. ¡Resolucion admirable!
¿Y en tí no habrá fortaleza
para imitarla en vencerte?
Lean. Si la habrá: ella me enseñará.
Si pierde su libertad,
porque yo dichoso sea
¿no haré inmortal el exceso
con que la adoro? La puerta
manda abrir de la prision:
que ella al vivo representa
el sepulcro, el Mauseolo,
la Pira triste, y funesta
del amor mas desgraciado,
y la pasion mas honesta.
¡Ay de mí infeliz!
Ros. Don Leandro...
Es posible que os merezca
tan poco favor? Yo quiero
me acompañeis.
Lean. Mi obediencia
pronta está á serviros.
Ros. Vamos,
que yo he de cuidar de vuestra
amable vida.
Lean. ¡Ah, Faustina!
Caminando con Doña Rosa.
Vivir sin tí? No lo creas! *se entran.*
Plac. Leandro infeliz? Y qué yo,
en la situacion me vea
de no poder ayudarle
en todo lo que quisiera
mi amistad! Mas qué ruido
ácia aquella parte suena.
Salen precipitadamente, y con un sobresalto, que manifiesta su cansancio y sorpresa Andres, y Valerio. Se apoya cada uno en un lado del teatro, como para restablecerse de su fatiga. Don Placido los contempla con estraña admiracion.
Valer. Si el Quartél....está....dos pasos....
mas allá... Yo no le viera.
And. Yo menos...pues... la fatiga...
hasta el... esternon... me altera...
Plac. Valerio, Andres, pues qué es esto?
Los dos juntos? Que ocurrencia
lo ha dispuesto así? No fuiste *á Val.*
con Faustina?
Val. Quién lo niega?
Plac. Y tú, Andres?
And. Por mi desgracia...
tambien fuí...Señor..., con ella.
Plac. Con ella tu. Cómo? Hablad.
Qué ha pasado?
Val. Vaya, empieza
tú.
And. Yo? Cómo? No vés que el
sobrealiento aun no me dexa?
Plac. Valerio.... Andres....
Val. Escuchad,
Señor, la horrible tragedia.
Con la infelice Faustina
salí de aquí. A la escalera
llegabamos, quando el pobre
Padre nos alcanza. Llega
á su hija, y dá un abrazo,
con la mas dulce terneza,
celebrando su constancia,
y accion heroica. A la puerta
llegamos, nos esperaba
el Coche, y en el nos entran.
And. Los Andaluces que os dige,
todo lo observaban cerca:
y mas arriba el Marqués
esperaba que le dieran
aviso, de quanto fuesen
notando. Yo á su derecha
estaba, y no permitió
que me apartase siquiera
un paso de su persona:
pues me dixo, que si media
vara de él me separaba,
con solo la friolera
de darme un pistoletazo,
haria le obedeciera.
Val. A la puerta de Alcalá
marchó el Coche.
And. Con presteza
al Marqués uno dió aviso,
otro seguia las ruedas,
y el Marqués, el Asesino
y yo, partimos tras de ellas.
Val. Por la puerta de Alcalá
salimos.
And. Nos vimos fuera
de Madrid todos á un tiempo.
Val. Serian las siete.

And. Y media.
Val. La Luna nos alumbraba.
And. Toma. Pues si estaba llena.
No anduvimos mucho, quando
nos causó mortal sorpresa
un pistoletazo, el qual
hizo que cayese muerta...
Plac. Quién, Faustina? *agitado.*
And. No Señor.
Plac. Pues quién fué?
And. La mula negra:
con lo qual quedó parado
el Coche. A su puertezuela
llega el Marqués, la abre, ase
á Faustina, tira de ella,
echa mano al pobre viejo,
y á los dos arroja en tierra.
Plac. Qué maldad!
Val. Mayor seria
si Dios no nos defendiera.
And. Mandó el Marqués se amarrasen
á los del coche con cuerdas:
mas quando en esto se empleaban
los Malsines, se oye cerca
un gran ruido de caballos,
y en pocos instantes llegan:
porque el estruendo del tiro,
lamentos, suspiros, quejas
del Padre, y la hija, hicieron
que á brida suelta corrieran.
Val. Y quién discurris seria?
And. Nuestro Gran Rey. En aquella
hora venia de caza.
Los Guardias de Corps nos cercan
con espada en mano; al oir
que el Rey está allí, se yelan
el Marqués y sus dos guapos.
Quieren huir, no los dexan;
los amarran fuertemente:
llora Faustina; lamenta
su Padre, sale Valerio
gimiendo tambien: se apea
nuestro amable Soberano,
y su comitiva: entre ella
iba el Señor Conde del
Cerro: reconoce á aquella
á su Padre, y al Marqués:
al Rey de todo le entera
y á los dos mandó corramos
á daros de todo cuenta:
y á advertiros, que el Marqués
hará de modo, que venga
preso aquí: que le pongais
una pesada cadena,
seis pares de grillos gruesos,
y en el zepo la cabeza.
Mas si el ruido no me engaña,
ya me parece que llegan.

Salen varios Soldados delante con las armas al hombro, dirigidos por un Cabo, que traera la suya terciada. Enmedio conduce un Oficial (que deberia ser un Cadete de Reales Guardias de Corps) al Marqués, y detrás vendrán el Sargento y otros Soldados del mismo modo.

Ofic. Señor Capitan.
Plac. Señor.
Ofic. El Rey manda, que se tenga
al Marqués del Roble preso
en este Quartel: que sea
oprimido con los yerros
mas pesados que haya: estrecha
y obscura la prision, sin
que comunicarse pueda
con nadie, y que de él debeis
responder. Tambien ordena
su Magestad, que pongais
en libertad, y le espera
en Palacio luego, luego,
á Don Leandro de la Vega.
Marq. Libre el hijo, y preso el padre!
Pero lo merezco.
Plac. Queda
de todo bien enterada,
Señor, mi pronta obediencia.
Ofic. Que á la carcel se conduzcan
dos Asesinos, que quedan
abaxo, el Rey tambien manda.
Haced, que la tropa venga.
Plac. Ola, el Cabo y seis Soldados.
Que bien amarrados sean.
Ofic. Cumplí el órden: Dios os guarde.
Plac. Besoos la mano.
Marq. Ya, á vuestra
órden, Señor Capitan,
mi persona está sujeta.

Mi delito, así lo exige.
Y quando le hice? Quando ella
se iba á encerrar para siempre,
porque mi hijo feliz fuera!
Mas ya se hizo: no hay remedio:
á gran mal, gran resistencia.

Plac. Sargento.

Sarg. Señor.

Plac. Sacad
la mas pesada cadena.

El Sargento llega á uno de los Soldados que habrán quedado en la Escena: dexan los dos los fusiles, y entran en la prision.

Vuestra suerte compadezco,
y mucho mas, que yo sea
el que haya de executar
las Reales providencias.

Marq. Cumplid vuestra obligacion,
y dexad mi suerte adversa.

Salen el Sargento, y el Soldado con una gruesa cadena arrastrando.

Plac. Ponedla al Señor Marques.
Lo hacen.

Marq. Bien la merezco: ponedla.

Plac. Al pie.

Marq. En qualquiera parte
creo que podré con ella.

Plac. Que hasta en esta situacion *ap.*
su genio feroz no pierda!

Sarg. Ya está.

Plac. Llevadle al encierro
obscuro.

Marq. Nada hay que tema.

Parte con espiritu á la prision: al primer paso, se presentan á la puerta de la habitacion de D. Plácido Doña Rosa y Leandro: este reconoce á su padre: corre á él precipitadamente lleno de todo el sentimiento que puede producir un espectáculo tan inesperado, como melancólico para el amor filial, y se arroja á sus pies.

Ros. El ruido... Mas quanta gente!

Lean. Todo, Señora, me altera. *Saliendo.*
Mas qué veo?... Padre amado,
qué es esto? De esta manera
os encuentro? Quien mandó *se levant.*
tan horrorosa...

Plac. Suspendan
tus labios, la formacion
de palabras poco cuerdas.
El Rey lo ha mandado.

Lean. El Rey... *Sorprendido de respeto.*

Plac. Quiso dar muerte...

Marq. Con esa
voz, á la verdad faltais.
Separar de la presencia
de mi hijo á Faustina para
siempre, quise. Y fue, quando ella
sacrificaba su misma
libertad: mas sin violencia.
Qué accion tan noble? Ella sola
es la que mas me atormenta
porque fué recompensada....
con qué? Con una vileza.

Lean. Ah, Padre!.... Faustina es....
Mas vos así?

Plac. No se pierdan
los instantes. Conducidle.

El Sargento, y el Soldado llevan al Marques, Leandro corre, y se abraza con él.

Lean. Plácido, qué es lo que intentas?

Plac. Cumplir el mandato Real.

Ros. Que ahora mi hermano no venga? *ap.*

Lean. Padre amado!... Yo, Señor,
llevaré vuestra cadena.

Plac. Leandro, aparta. Entrad. El Rey
en su Palacio te espera
separando á Leandro del Marques.
luego, luego. Libre estás.
Toma; ves: no te detengas:
ruegale que es tan piadoso....

Se quita el sombrero, y espada, se los dá, y Leandro se lo pone apresurado.

Lean. Voy corriendo. A su clemencia
clamaré. Sí, padre mio?
Vendré alegre.

Marq. Dios lo quiera. *con firmeza.*

A un mismo tiempo conducen al Marques á la puerta de la prision. Leandro corre á la principal, y sale por esta del mismo modo Faustina: poco despues el Conde y Aniceto. Leandro y Faustina se encuentran, y quedan sumamente sorprendidos.

Faust. Perdon, perdon... Mas qué miro?

Lean. Cielos, qué veo? No es ella?

Temblando de gozo, mirándose tiernamente, y sin poder formar las voces.
Faust. Leandro...
Lean. Faustina mia....
Ros. Ah, que agradable sorpresa.
Lean. Yo... Vuelvo... á verte!
Faust. Sí, pero...
me ves... como no pudieras...
imaginar nunca.
Lean. ¿Cómo?
Faust. En tus brazos.
Lean. Dulce prenda
de mi alma.
Faust. Soy tu esposa.
Cond. El Rey lo quiere.
Marq. Mi afrenta *ap. con furia.*
es lo que se quiere en eso!
Lean. Mira á mi padre.
Con ternura manifestando el sentimiento que le causa su situacion.
Faust. Celebra
te repita, que el perdon
está logrado.
Cond. La excelsa
piedad de nuestro Monarca,
D. Plácido, quiere sea
el Marques del Roble puesto
en libertad.
Faust. La cadena
corre, y derrodillas le quita la cadena.
que arrastrais, Señor, yo misma
rendida á las plantas vuestras
os quitaré.
Marq. Te lo estimo. *Con sequedad.*
Cond. A Faustina debeis esta
gracia, Señor. Enterado
el Soberano de vuestra
accion temeraria, ayrado
con justa causa, decreta
que aquí os encierren, y ofrece
imponeros justa pena.
Faust. Entonces, con un impulso
de la mas dulce terneza,
de la mano asi á mi padre;
las rodillas en la tierra
pusimos: los Reales pies
besamos veces diversas,
y con lágrimas bañamos.
Le referí en medio de ellas
mis sucesos amorosos,
y enternecida vi á aquella
alma grande al escucharlos.
Pero oyendo mi postrera
determinacion: notando
la heroicidad que hay en ella,
de perder mi libertad
para siempre en una estrecha
clausura, porque mi amante
dicha, y libertad tuviera;
y enterado de la cruel
perseguidora fiereza
con que se pensó quitarme
la vida y honor; consuela
mis ansias: á levantarnos
vuelve: dexar satisfecha
su Real Justicia asegura.
Yo clamo: mi padre ruega:
llora y gime: que la vida
del Marques nos interesa
mas que todo, le exponemos
con suspiros y ternezas:
contribuye el Señor Conde
con sus súplicas: se templa
el Real enojo: se inflama
de compasion, y clemencia
aquel magnánimo pecho;
y en fin, con palabras llenas
de inimitable bondad,
mi union con Leandro aprueba,
al Marques da libertad,
y á mí me mandó que fuera
conductora de tan fausta
feliz noticia como esta.
Cond. Qué decís, Señor Marques?
Marq. Que á mi alma la penetran
los sentimientos que saben
causar la munificencia,
y la bondad admirable
del gran Rey que nos gobierna.
Que Faustina ha procedido
con acciones, que me llenan
de rubor, considerando
mi ingrata correspondencia.
Que se case con mi hijo;
mas sin mi condescendencia.
Los timbres de mis pasados

no es justo que yo envilezca,
asintiendo á un matrimonio
tan desigual.
Cond. La Condesa
del Real Encuentro, que es gracia
con que el Soberano premia
á Faustina, concediendo
privilegio de nobleza
antigua á su padre, creo
es digna de que por vuestra
hija la admitais, Señor.
Marq. Cómo? Faustina es Condesa?
Cond. Del Real Encuentro. El del Rey
la dió el título.
Marq. Pues llega,
llega, hija mia, á mis brazos.
Aniceto, corre, estrecha
los tuyos entre los mios.
Ven, hijo: la orden observa
de nuestro Rey: dá la mano
á Faustina, que ya es ella
igual tuya: Señor Conde,
D. Plácido, Dama bella,
tenedme por vuestro esclavo.
Leand. Plácido mio, celebra
con tus brazos, mi fortuna.
Plac. No la miro como agena,
sino como propia, Leandro,
pues como tal me interesa.
Cond. Vamos todos á mi casa,
porque yo, y mi hermana, es fuerza
que seamos los padrinos
de esta union tan dulce y tierna.
Los bárbaros asesinos
despues tendrán la sentencia
en todo correspondiente
á su delito.
Faust. Y con esta
tan dichosa conclusion,
rogamos á la clemencia
de nuestro sabio auditorio
perdone de la Condesa
del Real Encuentro los yerros...
Todos. Y que un aplauso merezca.

FIN.

En la Librería de Cerro, calle de Zedaceros, y en su puesto, calle de Alcalá, se hallará ésta con la Coleccion de las nuevas, á 2 reales sueltas, en Tomos enquadernados en pasta á 20 reales cada uno, en pergamino á 16 reales, en rústica á 15 reales, y por docenas con mayor equidad.

DONDE ESTA SE HALLARÁN LAS PIEZAS SIGUIENTES.

Las Víctimas del Amor.
Federico II. tres partes.
Las tres partes de Carlos XII.
La Jacoba.
El Pueblo feliz.
La Hidalguia de una Inglesa.
La Cecilia, primera y segunda parte.
El Triunfo de Tomiris.
Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
La Industriosa Madrileña.
El Calderero de S. German.
Carlos V. sobre Dura.
De dos Enemigos hace el Amor dos Amigos.
El Premio de la Humanidad.
El Hombre convencido á la razon.
Hernan Cortés en Tabasco.
La Toma de Milán.
La Justina.
Acaso, Astucia y Valor.
Aragon restaurado.
La Camila.
La Virtud premiada.
El Severo Dictador.
La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
Troya abrasada.
El Toledano Moyses.
El Amor perseguido.
El Natural Vizcayno.
Caprichos de Amor y Zelos.
El mas Heroyco Español.
Luis XIV. el Grande.
Jerusalen conquistada.
Defensa de Barcelona.
Orestes en Sciro: Tragedia.
La Desgraciada Hermosura: Tragedia.
El Alba y el Sol.
De un Acaso nacen muchos.
El Abuelo y la Nieta.
El Tirano de Lombardia.
Cómo ha de ser la Amistad.
La buena Esposa, en un acto.
El Feliz Encuentro.
La Viuda generosa.
Munuza: Tragedia.
La Buena Madrastra.
El Buen Hijo.
Siempre Triunfa la Inocencia.
Alexandro en Scútaro.
Christobal Colon.
La Judit Castellana.
La Razon todo lo vence.
El Buen Labrador.
El Fenix de los Criados.
El Inocente Usurpador.
Doña María Pacheco: Tragedia.
Buen Amante y buen Amigo.
Acmet el Magnánimo.
El Zeloso D. Lesmes.
La Esclava del Negro Ponto.
Olimpia y Nicandro.
El Embustero engañado.
El Naufragio feliz.
El Atolondrado.
El Joven Pedro de Guzman.
Marco Antonio y Cleopatra.
La Buena Criada.
Doña Berenguela.
Para Averiguar Verdades el tiempo es el mejor testigo.
Ino y Temisto.
La Constancia Española.
María Teresa de Austria en Landaw.
Soliman Segundo.
La Escocesa en Lambrun.
Perico el de los Palotes.
Medea Cruel.
El Idomeneo.
El Matrimonio por razon de Estado.
Doña Ines de Castro: Diálogo.
El Tirano de Ormuz.
El Casado avergonzado.
El Poeta escribiendo.
Ariadna abandonada.
Tener Zelos de sí mismo.
El Bueno y el Mal Amigo.
A España dieron blason las Asturias y Leon, ó Triunfos de D. Pelayo.
Dido Abandonada.
Siquis y Cupido.
El Ardid Militar.

Los

Los Amantes de Teruel, para tres personas.
El Triunfo del Amor.
La Toma de Breslau.
El Pigmaleon, Tragedia.
La Moscovita sensible.
La Isabela.
Los Esclavos felices.
Los Hijos de Nadasti, en tres actos.
La Nina: Opera joco-seria, en tres Actos.
El Montañes sabe bien donde el zapato le aprieta. De Figuron en tres Actos.
El Hombre Singular, ó Isabel primera de Rusia, en dos Actos.
Anfriso y Belarda, ó el Amor sencillo, en un Acto.
La Atenea, en un Acto.
El Esplin, en un Acto.
La Faustina.
El Misantropo.
La Fama es la mejor Dama.
Pedro el Grande, Czar de Moscovia, en tres Actos.
Entre el Honor y Amor, el Honor es lo primero. Figuron.
El Matrimonio Secreto.
La Andrómaca, para quatro personas.
El Asturiano en Madrid, y Observador instruido. Figuron.
La Muger mas Vengativa por unos injustos zelos.
El Preso por Amor, ó el Real Encuentro.